

PRÓLOGO

En un principio no había nada. Solo oscuridad.
En aquel paraje tan lúgubre existía un único ser.
Su tormento era eterno.
Pero sus dones infinitos.

Su soledad era tan inmensa que un día decidió crear a unos seres semejantes a él, unos discípulos para que le ayudasen con su tarea de crear un universo lleno de vida.

A esos seres les concedió unas potentes alas que les ayudaban a desplazarse por cualquier lugar.

Y Dios ya no estuvo solo.

Pero deseaba algo más.

Así que creó plantas y animales para que habitasen el universo.

Y aún así, seguía sintiendo que su obra no estaba completa.

Y entonces creó a la humanidad. Seres con conciencia capaces de vivir en libertad. Incluso si eso significaba que no podía controlarlos.

De esta manera, fueron creados el hombre y a la mujer.

Dos seres, dos sexos. Capaces de reproducirse y dar a luz a más vida por sí solos. Aunque esa vida siempre llega a su fin.

Pero ello tuvo sus consecuencias.

Los ángeles, enviados a salvaguardar la vida, estaban celosos de los humanos. No entendían porqué ellos podían vivir una vida en total libertad, sin que nadie les diera órdenes.

Así que un grupo de ángeles, liderado por Lucifer, intentaron esclavizar a los humanos. Por ello Dios los desterró del cielo y los condenó a un infierno eterno.

Por desgracia, Lucifer ya había plantado una semilla oscura en el ser humano. Llenándole de odio, envidia, avaricia, celos, engaño,...

Dios ya no podía hacer nada. Había hecho a esos seres para que viviesen en armonía y se mataban los unos a los otros.

Así que envió a algunos ángeles que todavía le eran fieles con los humanos para ayudarlos.

No podía imponerles su voluntad pero sí intentar que tomaran el camino correcto.

Esta historia es sólo una de las muchas, incluso infinitas, que pueden contarse, de cómo los ángeles intentan ayudar a los humanos.

Aunque no siempre lo consiguen.